

El porvenir de una ilusión

Por ALEXIS JARDINES

Ilustración: BALLATE

Acabo de escuchar una noticia, relacionada con la ratificación de dos pactos internacionales en materia de derechos humanos, según los cuales Cuba suscribirá tanto los derechos económicos, sociales y culturales como los derechos civiles y políticos. De ser así, la política del gobierno cubano estaría dando el paso más audaz, en lo que a las libertades individuales se refiere, de toda su historia.

Quizás lo que faltó decir, al ser presentado públicamente, es que dichos derechos pertenecen por naturaleza a todas las personas y pueblos, y que desde hace bastante tiempo muchos anhelamos disfrutarlos en su totalidad. Defender al individuo concreto —o, al menos, al ciudadano real de carne y hueso— por encima de las abstracciones y de los símbolos rituales es el único modo de preservarse de los nacionalismos patrióticos, de las dictaduras clasistas y de las ideologías totalitarias. Está claro que el reclamo mambí de una *Cuba libre* es insuficiente; también —y más bien— lo que necesitamos es un *cubano libre*. De lo contrario, ningún mérito histórico cabría esperar de una revolución que no trasciende el ideario de sus rebeldes ancestros, quedándose atascada durante medio siglo en la solución de un problema —como el de la soberanía nacional— que, dadas las condiciones del mundo actual, la propia época ha superado.

Por otra parte, la soberanía no es más que una libertad formal. El hecho de que todos seamos libres no significa todavía que lo sea cada uno de nosotros; el hecho de que una nación sea soberana no garantiza que lo sea cada uno de sus ciudadanos. La libertad real sólo se alcanza

cuando se refiere e involucra a la persona en su integridad, ni siquiera a las facetas abstractas de su existencia. En otras palabras, incluso a nivel de individuo, libre solo puede ser Juan Pérez y no sus representaciones o [lo que es lo mismo] los roles que él desempeña en la familia y en la sociedad (médico, cederista, militante, obrero, intelectual, militar, deportista, delegado y, también, ciudadano, entre otros) tan dados todos a la manipulación y al control. Una realidad globalizada requiere de una mentalidad postnacional. Pensar en términos postcoloniales en un mundo postmoderno es algo que tiene más de quijotesco que de revolucionario.

En semejante contexto me planteo la pregunta por la reforma de la enseñanza en Cuba. Pudiera decirse que a los Padres Fundadores (Caballero, Varela, y Luz) les guió un sentimiento postcolonial. El mérito de estos grandes maestros no debe buscarse en la enseñanza de la filosofía, mucho menos en la reforma de la filosofía, para lo cual no estaban capacitados. Su gran legado a la cultura nacional fue la *reforma de la enseñanza*, con especial atención, entre las diversas materias, a la filosofía. Una deliberada distorsión posterior los convirtió de maestros en filósofos, para articular una pseudo tradición de pensamiento filosófico cubano.

Así, las tendencias positivistas —que cristalizaron en Varona— de estos Padres Fundadores, reinterpretados a la soviética como «demócratas revolucionarios», se acoplaron directamente al marxismo republicano tardío, con el propósito de inventar una tradición que legitimara la irrupción en la Cuba revolucionaria del marxismo soviético.

En lo que a la reforma de la enseñanza de la filosofía se refiere, desde el presbítero Varela no se ha retrocedido, pero tampoco se ha adelantado un paso. La escolástica marxista sustituyó en nuestras Universidades a la escolástica medieval, y los brotes *antimanualescos* y antidogmáticos que hoy se observan no se puede asegurar que vayan más allá de las propuestas de Varela y de Luz.

Probablemente el rescate de la tradición reformista en la enseñanza no sea factible sin un criterio postnacional, donde la ideología marxista quede reducida a una simple opción. Por ahora, el marxismo mantiene la dimensión de pensamiento único y sigue determinando una educación doctrinal y apologetica. Así es que el laicismo de nuestra educación es bastante *sui generis*, pues no se gana mucho con separar la Iglesia del Estado si este último asume funciones de naturaleza religiosa.

Aprovecho la ocasión para prevenir del peligro que puede representar a estas alturas las reacciones de los propios marxistas de corte estalinista contra el manualismo, el dogmatismo y otras posturas que entre ellos germinan. No promueven de tal modo más que una falsa imagen crítica, ya que su extemporaneidad es, en realidad, conservadora. Tampoco representa una solución real la conversión de los otrora marxistas soviéticos al “marxismo postmoderno”. El marxismo y el pensamiento postmoderno pueden llegar a coquetear, pero, en el fondo, son incompatibles. Un marxismo postmoderno es una contradicción en los términos, pues la postmodernidad es, en muy buena medida, postmarxista. Cabe agregar que buena parte de los académicos cubanos

creo haber encontrado una solución —al vacío retórico que dejó la extinción del marxismo soviético— refugiándose en el marxismo occidental, antes por ellos mismos vilipendiado y acusado de revisionismo, siguiendo las directivas de Moscú.

Sin embargo, el marxismo occidental, que hoy es cadáver, fue algo que corrió al margen de la filosofía. Por lo demás, apelar al marxismo occidental a estas alturas es algo tan fuera de lugar como la labor antes comentada de los críticos tardíos del marxismo soviético.

Jürgen Habermas, el filósofo más importante de las últimas décadas del siglo XX, es de orientación marxista. Sus raíces las hunde en la Escuela de Frankfurt y, al igual que la producción teórica de Horkheimer, Adorno, Benjamin y Marcuse, su obra no es propiamente filosófica. Simplificando al máximo, la propuesta de Habermas consiste en situarse en el Giro lingüístico, interpretado muy a lo anglosajón, para desarrollarlo hasta un paradigma de la comunicación. De igual modo, se propone sintetizar tanto el pragmatismo de la filosofía analítica como el trascendentalismo de la filosofía continental en lo que llama el «pensamiento postmetafísico».

Lo paradójico de todo este esfuerzo es que Habermas necesita del concepto metafísico de *razón* (el cual edulcora mediante un sinfín de giros: «razón situada», «razón des-trascendentalizada», «razón escéptica», «unidad de la razón en la pluralidad de sus voces», «razón comunicativa», etc.) para estructurar su discurso.

La primera condición de posibilidad de una filosofía postmetafísica estriba, en cambio, en reconocer como definitivamente superadas las problemáticas de la razón y de la substancia. Hay que hacer notar, además, la extraordinaria simplificación que lleva a cabo el filósofo frankfurtiano de todo el pensamiento filosófico anterior, al reducirlo en bloque a lo que llama «filosofía de la conciencia». Tampoco debe perderse

de vista que con un discurso extraído del ámbito de la comunicación y un pensamiento que pretende desmarcarse de la metafísica sin tener con qué sustituirla no se puede influir en la filosofía. La teoría de Habermas, en suma, se intentó vender como el relevo de la metafísica. El problema es que —tras cobijarse en un paradigma comunicativo— no es ya una teoría filosófica y —por el peso que tiene en ella la especulación “postmetafísica”— no es todavía una teoría de la comunicación. El marxismo es lo que menos se echa a ver en el pensamiento de Habermas, pero, de cualquier forma, su teoría no parece ser ni carne ni pescado.

Quiero, para concluir, plantear una última pregunta, relacionada con las posibilidades que todavía pueda tener el marxismo dentro de la cultura cubana. Yo diría que hoy es un espectro, el cual cada día irá languideciendo hasta apagarse totalmente. No veo que en las condiciones de la Cuba actual pueda aportar algo culturalmente significativo, sino que actúa, antes bien, como un lastre. Pudiera afirmarse, parafraseando a Ortega, que lo que tiene de bueno el marxismo cubano es lo que tiene de cubano, no lo que tiene de marxista. Y no se tomen estas palabras como una manifestación de nacionalismo,

sino como el reconocimiento de que el marxismo no solo es ajeno a nuestra cultura, sino que hasta nos impide comprender lo que está sucediendo hoy a nivel planetario. Por consiguiente, nos las arreglamos mejor sin él.

Se avencinan tiempos en que se volatilará totalmente de nuestras vidas y de nuestras mentes, producto del rechazo natural que experimenta cualquier cuerpo social ante el pensamiento único, sobre todo cuando se trata de dosis tan altas y sostenidas. Pero, al mismo tiempo, no debe creerse que el marxismo es tan solo una ilusión sin porvenir.

Hegel había dejado bien claro que todo lo que es llevado hasta su extremo se transforma en su contrario. Cabe esperar que sea la magnitud del propio rechazo del marxismo la que genere su consiguiente añoranza en generaciones futuras.

Dicho de otro modo, el total olvido, la prolongada ausencia y, sobre todo, la demonización a que seguramente se verá sometido, crearán las condiciones para que florezca de nuevo. ¿«Con una fuerza más»?

